

Televisión

El rating de la cultura

HERIBERTO FIORILLO

Se necesita una televisión que implique un esfuerzo de la audiencia por entender y acceder a los distintos universos posibles de los hombres de arte y de ciencia, a las múltiples propuestas creativas que existen en lo ideológico, lo político, lo poético. A esos mundos autónomos que provocan sensaciones nuevas, aún no tabuladas por el lenguaje de los sondeos. Esta es una de las propuestas del periodista Heriberto Fiorillo durante una intervención en el IV Encuentro Nacional de Televisión Educativa, realizado en Barranquilla en mayo de este año.

Ayer, mi amigo el escritor Hugo Chaparro Valderrama estuvo a punto de cambiar el título de su novela *La Sombra del Licántropo* por *La Sombra del Hombre Lobo*, debido a razones ajenas a sí mismo, blandidas por asesores de turno “para llegar a más gente”, para vender un nuevo y mayor número de ejemplares en un cada vez más inestable mercado.

De haber aceptado, el universo estético, particular y autónomo de Chaparro habría hecho una concesión al mundo comercial de la audiencia y ayudado a eliminar, a dar muerte a una palabra. El tema de esta conferencia, la reflexión que ella misma despertó en el escritor, lo llevaron a la feliz decisión de mantener vivo a su licántropo en el título.

El arte de todos los tiempos ha puesto a prueba su identidad y su fortaleza en su propia resistencia a las exigencias mundanas. Los escritores del siglo pasado se rebelaban contra la idea de que el arte pudiera estar sometido al veredicto del sufragio universal.

¿Cuánto sin embargo está hoy dispuesto el artista a transformar su universo particular para que éste llegue a todo el mundo? O mejor: ¿Cuánto entrega un autor de la calidad de su obra de arte personal, de sus ideas, su sintaxis, su modo de ser propio, con el fin de aumentar la audiencia de la misma? Al paternalizar a sus

lectores y recurrir a gramáticas y símbolos de consumo más populares ¿cuánta vida, cuánta novedad, cuánta originalidad muere en el proceso?

No mencionemos las mismas leyes del formato televisivo, que imponen una serie de limitaciones, desde la brevedad del tiempo distribuido entre el número de secciones y de participantes, hasta lo que llamamos el ritmo del programa. Ya sabemos tanto como creemos que nos aburren los monólogos: un sólo, tipo ahí, en la extensión sin cortes de su pensamiento.

(Y me permito aquí una digresión: en el universo del tiempo, el tiempo impone sus valores. Hasta hace poco, cuando el país tenía tan sólo dos canales comerciales estatales y se pasaban programas culturales en el horario triple A, mucha gente los veía. Por supuesto que “la creatividad de sus productores y cierto interés de los temas y acontecimientos mostrados —como dicen— hacían accesible ese programa a públicos mayores”, pero era también —por ejemplo— la valoración previa que la sociedad (o el sistema a través de su programadora) había hecho del programa —al darle sus mejores horarios— lo que motivaba, en ese momento, a gran número de gentes frente al televisor. “Esto que veremos, nos afecta y nos

compete a todos". Me pregunto si hoy no podríamos estar inculcando, de igual manera, en la mente de nuestros jóvenes que "si se emplean todos esos valiosos minutos en esas cosas tan banales, si se le dan los mejores horarios a esas frivolidades, debe ser porque esas cosas tan banales son en realidad importantes". De la élite de emisores intelectuales habríamos pasado —gracias también a la política y al periodismo— a la dictadura de los consumidores).

Hace unos años, cuando yo era un jovencito que soñaba con un mundo más justo y más amable para todos, una de las críticas acerbas que se formulaban contra el comunismo desde el credo liberal y que apuntaba a los horrores y no a las virtudes de la igualdad que aquel proponía, nos amenazaba —en forma razonable, digo hoy— con aquello de que el comunismo nos vestiría a todos iguales y nos tendría pensando exactamente lo mismo. Una amenaza que de verdad caló en mí, convencido como estaba ya de que los humanos nos definíamos más por nuestras diferencias que por nuestras similitudes; y que la multiplicidad, la biodiversidad de gustos y de pensamientos, era lo que nos hacía libres y en consecuencia felices. Derrotado el comunismo, ahora vivo con angustia, dentro del capitalismo de computadores, e-mails e internet, el pequeño pero cotidiano universo de una información tan rígida y tan segura que ya afecta no sólo la comunicación epistolar entre los humanos sino la de todos los días. "Hola, ¿cómo está?" "Bien ¿y usted que tal?" "¿Qué ha hecho?" "No, lo mismo, ¿y usted?" "Chao", "Nos vemos". En ocasiones me he asumido sincero o guasón, y al "Hola cómo estás" de turno he

respondido: "Supermal". Ya pueden imaginar ustedes a vecinos y transeúntes transformados, reaccionando nerviosos, sin saber qué hacer, o haciéndose los locos y poniendo sus pies en polvorosa. La gente espera que uno responda lo que ella supone. Los cambios incomodan. Ah, pero qué vitales son, porque la vida no es otra cosa en el fondo que transformación.

Bien sabemos que el fundamento de todo pensamiento (original, por supuesto) es siempre la rebeldía. Se da contra otros pensamientos que dominan determinado ámbito. Sin embargo, el mundo que vivimos prefiere al parecer legitimarse con frases consabidas, citas superdichas, refranes comprobados, lugares comunes. Lejos de la expresión ingeniosa de palabras novedosas y exigentes, la comunicación de hoy tiende a apoyarse —como ciertos grupos musicales contemporáneos— en refritar el pasado, o lo que es peor, sus notoriedades y apariencias. Una y otra vez el mismo inmortal cadáver. El fantasma del comunismo, sin la ilusión de su justicia social repartida, habita el vientre del capitalismo vencedor. Y el periodismo en televisión es uno de sus procesadores de homogeneización favoritos.

Como lo precisaba el sociólogo francés Pierre Bourdieu en su libro sobre la televisión, los discursos analíticos, críticos, articulados han desaparecido prácticamente de la pantalla chica, dando paso a pensadores rápidos, más bien automáticos, que parecen redondear magistralmente una idea en 45 segundos. (Una idea en la mayoría de los casos preconcebida, fabricada en otra mente tiempo atrás, machacada y sostenida por la costumbre de la

opinión cotidiana, que la tiene suya desde antes de que el pensador la diga, lo que hace más expedito y rápido su aceptación y consumo). Así, la opinión repetida y, consciente o inconscientemente manipulada, se enfrenta y en estos casos se impone a la libertad de pensamiento. Y así la muerte vence aquí también a la vida.

Hoy, numerosos intelectuales, artistas, escritores prefieren abstenerse de utilizar la televisión como medio de expresión. (Quizás aquí radica una de las diferencias entre la comunicación y la expresión: la primera parece determinada por el mundo de los receptores, mientras la expresión nace del universo autónomo del artista y, en este caso, el acceso de la masa o de la teleaudiencia a ese universo implica de alguna manera un esfuerzo del interlocutor por aprehender aquel.)

La literatura nos da numerosos ejemplos. A la luz de la comunicación, que acomoda el discurso del autor a una realidad más digerible para el re creador ¿Debería no existir *Ulises* de Joyce porque la gente prefiere, por ejemplo, *Cumbres Borrascosas* de Emily Brontë? ¿Debería parecerse más el *Ulises* a *Cumbres*? Si a la gente le encanta *Cien Años de Soledad* no debió publicarse entonces nunca, por lo complejo y laberínticamente barroco *Paradiso* de Lezama Lima?

Y en el cine: ¿Creen que hoy la película *Ocho y medio* de Fellini tendría igual taquilla que *La Vendedora de Rosas*? ¿Debería entonces dejar de pasarse por televisión la de Fellini?

Hay ciertas claves para leer ciertos autores. ¿Los estamos condenando al olvido porque, en su momento de expresión, no pensaron en complacernos? ¿Es



Reinado de Cartagena. Cartagena, 1998. El Tiempo.

democrático que sólo lleguen a las pantallas aquellos films que siguen pautas y lugares comunes a distintos regímenes, sea el de la lengua, el de los guiones de Syd Field o el de cualquier política cultural de gobierno?

El régimen del rating legitima, por ejemplo, que el humorista Ordoñez tenga en nuestro país más audiencia que, digamos, Botero. La audiencia parece ordenar que Ordoñez la siga haciendo reír en la televisión comercial, pero ¿sacaremos a Botero de todas las estaciones? ¿Dejaremos sólo aquel programa que traduzca mejor al lenguaje popular el particular de Botero? ¿O intentaremos por todos los medios —incluyendo el de la televisión— que la audiencia —o parte de ella— pueda acceder al

conocimiento que le permitirá comprender y recrear al pintor? ¿No será que se necesita de una información de contexto, de cierta cultura, y de cierta actitud frente al saber, para gozarlo y saborearlo? ¿Que se necesita de una cierta curiosidad? ¿Que esa curiosidad puede despertarse?

Una democracia de verdad es aquella que protege los derechos de todos sus integrantes: de sus mayorías y sus minorías. OK, pienso yo, déngle por ahora a Ordoñez su triple A, pero algún horario tendrán que darle al maravilloso mundo de Botero.

Si el helado de caramelo no existiera en un mundo de helados de vainilla, fresa y chocolate, al creador del primero le sería muy difícil convencer a sus clientes de su rico sabor si ellos se negasen a

probarlo, con el argumento de la audiencia.

—Le he traído mi última invención: el helado de caramelo —le dice el creador al dueño de la heladería.

—Lo que aquí —y en todas partes— la gente prefiere es el helado de vainilla y luego el de chocolate. Así que tráigame más de vainilla y más de chocolate —responde el dueño.

Ya sabemos adónde, por decisión, inteligencia o cobardía de las programadoras, van los programas originales de televisión que no responden a formatos comprobados en otros países, o que no siguen la fórmula de desahogar pasiones primarias o que no aplican la estructura dramática de resolución tradicional de un

conflicto, las que no combinan sexo y violencia, agresión para resumir, o las películas que no cumplen las pautas hacia el éxito señaladas por Hollywood. La gente gusta de estas películas porque ya tienen su estructura en la mente. Porque ya la dieron, porque siempre ven la misma.

¿Debe la producción cultural —o buena parte de ella— perder la alternativa de sus formas específicas para meterse en el terreno manido y trillado de la televisión comercial, en el que acabará derrotada hoy de todas maneras? Nada más triste que ver reconocidos programas culturales en el proceso camaleónico de ponerse al servicio de los valores establecidos por el mercado.

¿Debemos, en nombre de la mayoría, condenar a la indiferencia o eliminar de la programación formas de expresión particular, novedosa y auténtica, que merecen llegar al conjunto de los ciudadanos? Bajo el prisma vigente, habría que convocar un plebiscito para existir.

Baste recordar que entre la vida y la muerte hay algo más que nacimientos y agonías. De la misma forma como hay una extensa gama de grises en medio de los extremistas blanco y negro. Grises que, por lo demás, no están en competencia por ser blancos o negros, que son felices de ser la clase de gris que son desde una perspectiva auténticamente gris, original y autónoma y cuyos valores no están tasados por su relación de lejanía o cercanía con el blanco o con el negro. ¿Cuántas clases de pasta hay en Italia? ¿Cuántas de arroz en Oriente? ¿Cuántas variedades de mango en Cuba? ¿No es protegiendo cada una de estas clases (sin ponerlas a competir por elección natural o plebiscito) como garantizamos la

pluralidad democrática, la biodiversidad, así como los derechos de quienes producen y consumen pasta, arroz y mango? ¿Acaso aceptaríamos quedarnos con una, dos o tres pastas, con las “mejores” clases de arroz y ciertas familias de mango, olvidándonos de lo demás? ¿Cuántos licántropos, palabras y tropos estamos dispuestos a matar?

2

Si hace varias décadas el periodismo acucioso quiso poner los universos culturales y en ocasiones difíciles, al alcance de los pueblos, ahora en nombre de la gran mayoría, de esos mismos pueblos, ese periodismo parece exigirle al creador que modifique su creación o, tras el argumento de una autonomía basada en las exigencias de los índices de audiencia (derivadas de las imposiciones comerciales) él mismo —de puño y letra— se la modifica. “Es la única manera de que llegues a la gente”, le dice, no sólo transformando la obra del primero sino alimentando el *status quo* de los receptores, uniformándolos como mayoría, eternizándolos en el concepto de masa, desdeñando su propia capacidad de recreación, su autonomía.

El esquema democrático sobre el que opera la política moderna, en su relación candidatos -votantes, se aplica al de programas -audiencia, e intenta, injustamente, ser trasladado a los campos del arte y de la ciencia, regidos por otros parámetros. Me pregunto —y más que una pregunta esbozo una motivación sobre la cual podría diseñarse todo un programa de televisión educativa y cultural: ¿Acaso, de tener un mayor conocimiento en ciertas áreas, de conocer a fondo sus derechos como ciudadanos y

reconocer los códigos lingüísticos de determinadas obras, de poseer una mayor información sobre personajes o productos en despliegue, el ver televisión no sería para tantas personas una experiencia más autónoma, selectiva y por lo tanto liberadora? ¿No cambiarían quizás sus comportamientos como votantes y como audiencia? ¿No podrían incluso exigir, como verdaderos demócratas, otras reglas de juego?

¿Dónde están los escrúpulos del periodista que se somete dócilmente a las expectativas del público menos exigente, a sus demandas más primitivas e irracionales?

Ante la alternativa de seguir los códigos éticos de su profesión y obtener la solidaridad y el reconocimiento de sus colegas, este periodista prefiere, a cualquier costo, la atención de una teleaudiencia masiva.

Ni la imposición del mundo erudito de las élites cultas sobre las masas, ni la dictadura de las masas sobre los universos diversos, autónomos, de los creadores. Ni la emisión pedagógica y paternalista del pasado, ni el recurso al populismo, ni la sumisión a los gustos populares. Repito: ni elitismo ni demagogia: ¡Democracia!

(¿Acaso no es demagogia decir que el público es el que manda y dejarlo imponer sus preferencias, sin preocuparse por ofrecerle elementos, instrumentos que aumenten su conocimiento y amplíen su libertad de decisión?)

¿No debe fomentarse en los televidentes una educación reflexiva y crítica, que eleve su nivel de recepción y les permita apreciar y aprehender lo universal? Así como la democracia política supone algo más que el derecho ciudadano a

elegir a sus mandatarios, así la educación es algo más que aprender a leer, escribir y contar.

¿No es parte de nuestro compromiso profesional de periodistas, buscar —por ejemplo— el acceso de todos los ciudadanos productores de cultura, artistas hombres de ciencia, al espacio público, evitando el monopolio de unos pocos? ¿No somos acaso los narradores hijos de Shakespeare, que se esmeraba tanto en la ficción! por guardar una distancia como autor con los personajes de sus libros y garantizarles así libertad de pensamiento y acción? Con él, nuestro mayor valor moral es también el de luchar por ser imparciales y compasivos, protegiendo la autonomía de aún el más pequeño, callado y humilde de los seres sobre la tierra.

Cuando el periodista hace conciencia en el interlocutor, de los mecanismos de manipulación o de producción autónoma, contribuye a conferirle un poco más de libertad en su defensa y control de esos mismos mecanismos. El conocimiento nos hace libres. La atención de una audiencia lúcida y consciente de los mecanismos de producción de mensajes sería la mejor recompensa a los principios éticos de un periodista.

3

Comercializar hoy la televisión cultural en Colombia es una alternativa equivocada. Arrojarla al sistema de mercadeo publicitario sería prolongar su agonía, mientras se le obliga a vestir un humillante traje que niega su identidad.

Hoy, más que nunca, el país necesita de una televisión educativa y cultural fortalecida, distinta de una comercial, tan dependiente de los ratings. Una

televisión entretenida, sí, pero que apele, no como la privada casi siempre a lo que Freud llamaría el principio del placer, sino sobre todo al de la realidad, a sus múltiples miradas y a la posibilidad de transformarse para mejorar. Una televisión que implique un esfuerzo de la audiencia por entender y acceder a los distintos universos posibles de los hombres de arte y de ciencia, a las múltiples propuestas creativas que existen en lo ideológico, lo político, lo poético. A esos mundos autónomos que provocan sensaciones nuevas, aún no tabuladas por el lenguaje de los sondeos. Una televisión que estimule la experimentación, que fortalezca en los creadores colombianos el cultivo de las hipótesis, los nuevos pensamientos, lo no inventado, lo que no podrá sino tarde, revelar el *survey*, porque el *survey*, como el *rating*, sólo tabulan lo que ya existe. Una verdadera democracia no consiste solamente en darle a la gente lo que ella quiere (y demanda por medio del *rating*). Una verdadera democracia es la que le nos da también el derecho a cambiar... No se puede coartar a un pueblo su derecho a sorprenderse y, sobre todo, su derecho a soñar.

Hace unos días, un alto directivo de un canal privado de televisión me anunciaba con preocupación la muerte de los programas periodísticos que no tuvieran un tinte amarillista y espectacular. Con auténtico pesar me enseñaba las inapelables cifras que alcanzaban los programas de sus más connotadas figuras del periodismo serio. El directivo era consciente de que mientras la audiencia sólo elevaba sus propios índices en los programas de realmorbo y melodrama, su programación debía,

lamentablemente, apuntar hacia esos géneros.

Por otra parte, los canales comerciales de televisión se quejan de las elevadas sumas de dinero que deben entregar al Estado para que éste financie, entre otras cosas, la supervivencia de la televisión pública en Señal Colombia.

Permítaseme relacionar estas dos verdades con otra iniciativa: si la televisión educativa y cultural cumpliera en Señal Colombia con los propósitos de enriquecer el conocimiento y la inteligencia de los televidentes nacionales, si su diseño de programación respondiera a los derechos fundamentales de todo ser humano, quizás aquel alto directivo del canal privado pudiera en algún tiempo modificar su programación con niveles más exigentes de aceptación y resucitar los hoy enterrados periodísticos; quizás los canales privados podrían entender que su dinero termina redundando en su propio beneficio, ofreciendo entonces programas variados a una audiencia que se enriqueció en la cadena cultural; y quizás se sentiría mejor el Estado, utilizando como es debido esos elevados recursos que recibe de los canales privados.

La televisión pública, creativa, formativa y cultural es un imperativo de toda democracia real. Es un deber del Estado y es más que un derecho de todos los ciudadanos: forma parte del derecho a la libertad de información y en países como el nuestro, del derecho a la educación. El Estado no puede homogeneizar lo público con lo privado. Y un Estado democrático, como el que queremos construir en este país maravilloso de la América Latina, deberá invertir prioritariamente en el

fortalecimiento de los valores democráticos y en el respeto a los derechos humanos. El libre pensamiento, la autonomía creativa, la especulación filosófica sobre el mundo, la reflexión sobre la misma educación y el análisis del papel de los mismos medios de comunicación al interior de una sociedad, por ejemplo, no pueden darse en los buenos ni malos horarios de la televisión comercial sin que las leyes del mercado los afecten. Y los

afectan tanto, que casi nada de esto hoy forma parte de su programación.

El país, o buena parte de él, conoce bien las diferencias entre una televisión privada, eficiente y rentable, y una televisión pública generalmente elefantiásica, aburrida, además de heredado foco de posibles prebendas y corruptelas. Pero buena parte del país sabe también de lo que ha sido capaz de producir en países como Francia, Inglaterra,

España, Argentina y Brasil una televisión de Estado en beneficio de su gente. Somos conscientes de que los vicios son formales, de que es en la puesta en práctica donde la gran esencia de la televisión cultural falla en Colombia. Podrá parecer de Perogrullo, pero la televisión pública, educativa y cultural no sólo debe estar, por fin, en las manos más honestas, sino en las más sabias.



Residuos de un combate entre el ejército y la guerrilla. Mutatá, 1996. El Mundo.